

SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



El doctor Cartasegna siempre interrumpe sus actividades en el laboratorio para tomarse una fotografía.



Domingo cuando llegó de Italia en los años 20. Archivo: Clemencia Cuellar de Moura, 2006.

EL DOCTOR CARTASEGNA

En el laboratorio del doctor Domingo Cartasegna el orden y la disciplina fueron, por mucho tiempo, invitados permanentes. Todos los utensilios e instrumentos de trabajo eran manejados con el mayor cuidado posible y los distintos matraces y tubos de ensayo brillaban relucientes cada vez que el químico turinés encendía la pálida y mortecina luz de la vieja lámpara del techo. El microscopio, herramienta indiscutida a la hora de analizar las diversas muestras minerales, posaba erguido a un costado del frío mesón de cemento y cerámica. En un rincón de la sala, apoyadas junto al mortero, las muestras pétreas exponían sus colores verdes ocráceos y no faltaba alguna que dejaba escapar, de forma intencionada, algún destello dorado. Salvo por ese olor indescifrable y repelente que expelen los compuestos químicos cuando son inhalados, el lugar era apacible e invitaba a la relajación constante. No en vano, los alumnos del doctor Cartasegna acudían presurosos al laboratorio solicitando su ayuda y asesoramiento. Para toda interrogante, el italiano tenía una respuesta clara y sus consejos y palabras doctas satisfacían las necesidades académicas de todo aquel que se aproximaba hasta el lugar. No concebía la idea de negar ayuda a sus pupilos. En la cabeza todavía tenía incrustados los recuerdos distantes de su época estudiantil en Turín. En esos años, era común verlo caminar ansioso por los pasillos de la facultad acechando la espalda de los docentes. No podía irse a casa tranquilo sin antes haber saciado la voracidad de su espíritu inquieto y curioso. En Italia terminó sus estudios y allí obtuvo la especialidad en química-metalúrgica.

Pero Domingo no sabía que todos sus conocimientos, adquiridos durante largos años de estudio en Europa, serían puestos en práctica al otro lado del océano, en un país del cual tenía pocas referencias y que a menudo solía olvidar el nombre. Sin embargo, desde que puso ambos pies sobre suelo boliviano, el doctor Cartasegna encontró el sitio apropiado para verter la ciencia aprendida con esfuerzo y sacrificio en largas y agotadoras jornadas de traspase. En un principio, su llegada tuvo un carácter estrictamente laboral. Él debía cumplir un contrato de trabajo en la región del altiplano boliviano. Sus servicios profesionales eran solicitados con premura en el interior de los socavones de la mina Huanchaca. Allí empezó a conocer Bolivia y sólo Dios sabe si el viento gélido que recorre esas planicies le habrá susurrado al oído que en estas tierras desconocidas iba a encontrar su destino.

No pasó mucho tiempo desde su llegada y ya tenía una cantidad importante de actividades que cumplir. En La Paz se hizo amigo de los residentes italianos y con ellos fundó la Sociedad Italiana de Beneficencia Roma. El decoro y la amabilidad con las que se desenvolvía –sumado a su talento como profesional– le permitieron ocupar cargos importantes y su persona cobró trascendencia inigualable en el interior de la colectividad. El ascenso comenzó en la misma Sociedad de Beneficencia Roma, allí permaneció por muchos años como dirigente indiscutido gozando del aprecio y respeto de los inmigrantes italianos. Y es que

no todo iba ha acabar allí, su capacidad como químico-metalúrgico traspasó el umbral de la Casa de Italia para instalarse en las oficinas de Análisis de la Aduana de Bolivia. En esta institución desempeñó con altura el cargo de Director¹.

Pero si algo le producía satisfacción y regocijo era la enseñanza pública. Puntual y discreto como un anglosajón, el doctor Cartasegna iniciaba sus clases de Ingeniería y Ciencias Exactas en los amplios salones de la Universidad Mayor de San Andrés. El barullo que producían los estudiantes en el salón era aplacado súbitamente cuando la figura espigada del maestro italiano hacía su aparición. Una vez iniciada la clase, el silencio se apoderaba del recinto para luego ser abatido por el fuerte vozarrón del italiano.

Domingo Cartasegna cumplió a cabalidad como profesional, docente y padre de familia. Dos niñas, fruto de su enlace matrimonial con María Rosa Santa Cruz, trajeron la alegría al hogar del piamontés: Lita y Justa. Es a través de ellas que ahora perdura el legado de éste ejemplar ciudadano italiano.

¹ Dante Sabbioni, op.cit., p.1093.